

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

NO hace mucho que el fiscal de Tarbes, capital de los Altos Pirineos, pedía para su acusado dos años de cárcel, más la restitución de lo aligerado a los cepillos de la iglesia donde ayudaba. El "affaire" salpicó también a la mujer del sacristán. Y a la suegra del sacristán...

Yo no admito que la conducta de un individuo pueda afectar al oficio o institución a que pertenece. Al contrario: protesto de esa pejiguera que amedrenta a nuestros narradores, la que les obliga a andar con pies de plomo y no sacar, por ejemplo, como incestuoso a un miembro de un cuerpo que luego les pueda venir encima con todo su ofendido honor. Pero tenía yo gana de hablar de los sacristanes, y de hablar bien. Pues he aquí la ocasión. Cada cual tiene sus héroes preferidos, y de siempre me tentaba el ensayo sobre estos trabajadores, su gremial etopeya. Sea ahora no más que iniciación al asunto: prefacio, que con su resonancia litúrgica viene como anillo al dedo.

Los sacristanes no han tenido su oportunidad, que yo sepa, en el temario que la literatura última -o penúltima- dedica a los humildes "trabajadores por cuenta ajena", que es como hablan los papeles laborales. Los mineros, sí; los aceituneros de Jaén y los metalúrgicos; y, por supuesto, los de la construcción. Yo afirmo mi fe en esa literatura, como saldo de un Debe y un Haber que no voy a puntear por lo menudo, pero me hubiera gustado la gran novela social del sacristán moderno. Lo primero, por justicia. Los refranes son fruto de la sabiduría, pero también, a veces de indolencia mental. ¡Y qué ristra se le cuelga a esta cofradía! Que el vino sobrante es para el ayudante. Que si vende cara no tiene colmenar... Y para significar que lo ganado sin esfuerzo gástase de cualquier manera, la calumnia: "Los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van". Hombre, no. Los sacristanes son gente de mucho madrugar. Y esto ya es algo. En segundo lugar, los grandes conflictos del hombre se configuran muy delicada y fastidiosamente sobre las testas

sacristaniles--ni plenamente laicas ni tonsuradas-; pues sin haber hecho, ellos voto de castidad, mejor está que no levanten mirada hacia las mujeres; sin prometimiento de pobreza; casi, ascetismo ha de ser su condición. Un eterno conflicto, en fin, como para haber tentado a los novelistas, exploradores del alma humana.

En el mester de sacristanía veo yo tres clases. El empleado catedralicio puede adolecer de una inclinación ordenancista y como burocrática. Al fin y al cabo, una catedral en su temporal funcionamiento, algo tiene de oficina grande. Sometido a muchos señores -dignidades, canónigos, prebendados...-, desquítase con el exigente sonar de llaves a la hora en punto, bajo amenaza de encerrar dentro a rezadores y turistas. El de monjas es diferente. Las monjas de clausura suelen tener mozo escogido por su aparente suavidad, y no digamos si además-es gustoso del arte de la aguja. El criado de monjas es personaje al que se exige un cúmulo nada corriente de méritos, pues no ha de ser trasnochador y sí demandadero diligente, correveidile de buena fe, ecónomo para hacer la plaza y limpio en el atuendo como en el corazón. Pero el sacristán por excelencia es el de ejercicio parroquial. Más que los otros, él está cerca del vivir nuestro de cada día -y del morir-; auxiliar del bautismo, testigo de las bodas, impávido acompañante en el trayecto final.

PIENSO hasta qué punto la abolición del latín en la liturgia, su disminución, conspirará contra el prestigio de los sacristanes, sobre todo en la aldeanía. Cuando un rapaz se daba a este servicio, el mayor orgullo de su progenie era escucharle aquellos dichos que aprendiera de leerlos en un cartón resobado por otros aprendices. Y ya hombre, no dejaba de adornarle la aureola de lo misterioso. Valle-Inclán, hizo con este asunto la maravilla de "Divinas Palabras". La retozona Mari-Gaila se salva de los fariseos -esos que siempre quieren tirar la primera piedra- gracias al poder misterioso de los latines del sacristán, que de marido engañado crece hasta la estatura del héroe.

Pero hay para tranquilizarse. Ni bajada del pedestal de los latines parece que la profesión vaya a dar en anacrónica, y menos a desaparecer. Al contrario, se vivifica con la unión que procura fuerza. En Novara, Italia, los "sagrestanos" tratan de sus subsidios y puntos, del sueldo fijo, de la indemnización por despido... y de un día por semana en que, así se hunda el mundo, no rezarán por obligación ni un padrenuestro. Y menos todavía un paternóster.

Yo celebro esta seguridad social de los sacristanes, que también -me suena- anda tratándose en algunas diócesis nuestras. Será porque siempre me han caído simpáticos. Honrados lo son, a pesar de la noticia que va al principio de estas "Hojas". O gracias a ella, por cuanto una excepción siempre ayuda a confirmar la regla. Por cierto: a lo mejor quieren saber ustedes el monto de aquellas sustracciones. Una pequeñez. 350.000 francos (nuevos). Pero es que, el indino no era sacristán de una parroquia cualquiera. ¡De Lourdes!